

tambien; no es más que una ficción para no comprometerse él el primero. Si se niega, adios; por más que no temas, es un hombre honrado, y no te hará traición; lo peor será que no habremos sacado nada en limpio.

—¿Pero de quién hablas?—preguntó Carlos.

Y el amigo hizo alrededor de la cabeza un gesto bufonesco que quería representar un sombrero de cura.

X.

El cura, á quien los habitantes del lugar llamaban familiarmente D. Luis, era un viejecito como de setenta años, pequeño, nervioso, con vivísimos ojos que leían en las almas—decían las devotas—como en un libro; buen hombre y buen cura, indulgente para con los penitentes, alegre en la mesa, con la cara encendida y los cabellos blancos; de ideas políticas tricolores; en su vida y en sus maneras, análogo á los demás curas de lugar, los cuales, sin embargo, le miraban con estimación por un cierto barniz de ilustración, de que habia dado buena prueba años atrás, componiendo varios sonetos dedicados al arzobispo, que fueron alabados por un periódico de la provincia como «flores de buena poesía, recomendables tanto por la nobleza de la forma, como por la robustez de los conceptos.» Su benévola mirada y la dulzura de su voz, templaban la severidad de sus líneas y la rigidez de sus movimientos, que le

asemejaban en cierto modo á un coronel retirado. Era abierto y afable con todos; nadie le queria mal; Camila, especialmente, le queria bien, por la intimidad que el vivir al lado de la iglesia, viéndole pasar continuamente, ú ofreciéndola ocasion de hablarle detenidamente, le habia dado. Así, que corrió á su casa á darle cuenta de todo, del resultado de la quinta, de los propósitos de Carlos, de sus temores, incitándole á que le hiciera cambiar de intenciones si no queria verla morir de dolor. El cura prometió hacer cuanto pudiese, y aun añadió que buscaría á Carlos antes de ser de noche.

Una hora despues, llamaba Carlos á la puerta del cura.

No sabía todavía qué habia de decirle, ni siquiera habia pensado la manera de empezar; sentía una grande emocion. Entró, se detuvo en un ángulo de la habitacion, con el sombrero en la mano.

La habitacion era pequeña, colocada en la planta baja, alegre, llena de luz, con el aspecto peculiar de las habitaciones todas de los curas de pueblo, que hacen adivinar la vecindad de la iglesia; blancas y desnudas las paredes, un Crucifijo sobre la puerta, un cuadro viejo, un par de macetas sobre el antepecho de la ventana y un ligero perfume de incienso en el aire.

El cura estaba sentado en un sillón, delante

de la mesa, leyendo; cuando vió delante al muchacho, se sorprendió.

—Tengo que hablarle, señor cura—dijo Carlos.

El cura le hizo sentar.—¿Cómo es que se ha anticipado?—pensababa entretanto.—Algo ocurre.—Se quedó mirando á Carlos, y cruzó por su mente una sospecha, y resolvió espontanearse enseguida.

—Siento que hayas sido llamado á servir en el ejército—dijo.

—Sí señor—respondió Carlos, mirándole con fijeza.

—¿Y cuándo te marchas?

—...Me iré despues del reconocimiento; dentro de diez dias.

—Y...—preguntó el cura echándole una mirada escudriñadora—¿te marchas?

Carlos no respondió, le miró. El cura se confirmó en su sospecha, y despues de mirar un momento al libro con las cejas fruncidas, levantó la cabeza y dijo con aire distraido:

—Por consiguiente, te vas y has venido á pedirme un consejo, ¿no es verdad?

—Me ha comprendido Vd.

—Sí, creo que he entendido—respondió con seriedad el cura—y tomando de repente acento bondadoso, continuó:

—Seguramente... tú eres un muchacho valiente, robusto, juicioso, cumplirás como bueno y

volverás á tu casa contento. Ni aun tengo por qué preguntarte si mantendrás tu promesa á Camila; al contrario, estoy seguro que todo el tiempo que estés lejos de aquí, tendrás buena conducta y harás lo posible para que así como ahora puedes ofrecerle una mano honrada, á tu vuelta pueda estrechar la de un soldado valiente, ¿no es así?

El muchacho, maravillado, tan pronto se ponía encendido como palidecía, sin saber qué responder ni á qué partido quedarse. De repente, le volvieron á la cabeza las palabras del amigo: «Si se hace el sueco, no es más que pura ficción para no comprometerse el primero,» con lo cual aún tuvo un rayo de esperanza. Cobró ánimos, y rompió el hielo de golpe.

—¡Pero yo no voy á servir!—exclamó.

—¡Ah!—gritó el cura con ligera sonrisa y mirando hácia la ventana.

—¡Ya lo habia yo dicho!—pensó Carlos—ya estamos en el punto.

—¿Y qué piensas hacer?—preguntó el cura mirando siempre lejos.

—¿Yo?...

Estuvo pensando un momento y respondió precipitadamente:

—El mundo es muy grande.

—Tú no sabes una cosa—replicó el cura volviéndose hácia Carlos y sonriendo benévolamente como si no hubiese comprendido el significado

de sus últimas palabras.—No sabes que yo he sido capellan de ejército cinco años, desde el cincuenta y cuatro al cincuenta y nueve. Cinco años seguidos, capellan del primer regimiento de infantería, brigada del Rey; y de esta suerte, también yo he sido medio soldado y puedo hablar. Verdad es que de entonces acá han cambiado mucho las cosas... y dicen que para mejorar. Cree en lo que yo te digo; no es una vida mala, dura y arrastrada más que para los malos soldados. Para los otros es otra cosa, y todo consiste en empezar bien. Enseguida que un muchacho es mirado con buenos ojos por los superiores, puede estar seguro de sí, ya no siente más el peso de la disciplina. Es menester estar alegres, ser francos y leales; los jefes perdonan todo á los soldados abiertos, valientes y honrados, aunque tengan el diablo en el cuerpo y hagan de cuando en cuando una gorda, porque al verle la cara no puede menos de decir: —¡aquí hay un hombre!—En todos los regimientos hay un cierto número de esos valientes simpáticos...

—...Recuerdo, entre otros, á un tal Farinelli, del cual seguramente se recordarán también los oficiales más antiguos del regimiento. Era un pedazo de hombre más alto que tú lo menos un palmo; tan largo, que se habia puesto á doble racion... ¡Era el calavera más grande del mundo! Se escapaba de noche, arriesgaba la vida, alborotaba la com-

pañía, pero era á la vez tan buen muchacho, que todo el mundo le miraba con buenos ojos. En las marchas, siempre llevaba las mochilas de los que no podían más. En el cuartel siempre estaba cantando; saltaba como un gamo, rompía una piedra con el puño; si se encontraba en alguna riña, la hacía terminar enseguida á fuerza de trompicones; siempre el primero para arrojar en caso de incendio ó para echarse al agua á salvar á algun compañero; listo, sin juicio, pronto en sus respuestas, hasta el punto de que nadie podía seguirle; incapaz de mentir, aunque le hubieran cubierto de oro; un soldado modelo en el servicio, y fuera de él un demonio. Tenía el vicio de la bebida, pero así y todo, se plantaba en las filas tan derecho, que los jefes, en lugar de castigarle, no tenían más remedio que reír. Todo el regimiento lo conocía. Su capitán decía que con cincuenta perdidos como él se hubiera atrevido con un batallón de austriacos. Recuerdo que una vez el coronel, que era una buena estampa de soldado viejo, con una cicatriz en la frente, pasando revista al regimiento, se detuvo á mirar á aquel guapo muchacho que le miraba atrevido con sus dos ojazos llenos de fuego, y no pudo ménos de decirle:—¿Sabes que tienes una bonita facha de soldado?—Echate á adivinar lo que él le contestaría.—Tampoco la de Usía es de mentirijillas, señor coronel.—Este se quedó un momento como estúpido, se

echó á reír y al fin no dijo nada. ¡Estos son soldados! Los había, además, como ocurre siempre, enteramente diversos, lo opuesto; pero así y todo, soldados valerosos, tranquilos, que pasaban los cinco años sin dejarse oír, como si fueran sombras; lo mismo el último día que el primero; los primeros siempre para ponerse en fila, como para volver al cuartel; sin una mancha en el capote, y ni una palabra más alta que otra; sin tener nunca una deuda que pasase de la *masita*; siempre sanos y de buen humor, soldados que en cinco años no recibieron ni una reprensión, ni un regaño, y de cuya existencia, ni el mismo comandante de la compañía se hubiera dado cuenta si no constasen sus nombres en las listas; jóvenes que parecían haber nacido con la divisa militar encima, con el fusil en la mano y como si debieran servir por toda su vida. Me acuerdo bien de un capitán que tenía en su compañía una docena de ellos, que me decía:—Si yo tuviera siempre una compañía de soldados como estos, viviría veinte años más. Palabra de honor, que si me preguntasen á quién quería más, si á esos muchachos ó á mis hijos, me vería perplejo para responder.—¿Qué te parece de esto?

Cárlos escuchaba con la cabeza baja y pensativa.

—Y puedo hablar, mira—continuó el cura—porque á los soldados piamonteses de aquel tiem-

po puedo decir sin vanagloriarme que los he conocido á fondo. Entonces era otra cosa; los soldados tenían religion y se confesaban; venian al servicio con medallas benditas al cuello; eran gente sencilla, á la buena de Dios y con demasiada buena pasta quizá; pero, como temple de hombres (y golpeaba con el nudillo del índice sobre un sujeta-papeles de piedra) eran duros como esto. Muchos venían á hacerme confianzas. Un buen capellan servía de algo en aquel tiempo. Los había que en los primeros dias venían á decirme que no podían aguantar aquella vida.—Es inútil—decían—nos falta el valor; alejados de casa, esta disciplina, sin amigos, por tanto tiempo nos desespera.—Y yo respondía siempre:—Animo, hijos míos. Os lo suplico en nombre de vuestra familia, de los hijos que tendreis un dia, del país en que habeis nacido, del Rey que os ha dado esta divisa; tened valor. Vosotros cumplís un gran deber; no hay de doloroso más que los primeros meses. Cuando seais viejos estareis orgullosos de poder decir que habeis sido soldados; encontrareis amigos; os acostumbrareis á la disciplina; sentireis ménos las fatigas. Un poco de fuerza y de paciencia para otro mes y vereis.—Y quería que lo prometiesen, lo prometían y se encontraban contentos. Otros se desfogaban en acusaciones contra ciertos superiores que no los podían ver y les ponían en situacion de hacer un despro-

ósito, y yo repetía siempre:—No, hijos, no digais ni penseis estas cosas. No hay superior que pueda quereros mal. Es una mala inteligencia. Si alguno os persigue es porque os ha juzgado mal. Hacédselo ver. Cumplid con vuestro deber y mirad siempre al superior de frente, á la cara, con respeto, pero con la cabeza levantada, con el alma en los ojos, sin rencor, y habladle con el corazon en la mano, como á vuestro padre; ya vereis que cambiará de pensamiento y os hará justicia.—¡Cuántos no vinieron luego á agradecerme estos consejos! Una vez vino un soldado licenciado con decidida intencion de decirme, que su capitan, que siempre los había tratado mal á él y á otros siete ú ocho que marchaban con la licencia juntos... pues bien; que aquel capitan que todos decían que era un perro, les había dicho el dia que fueron á despedirse á su casa:—Alguna vez os habré parecido un hombre bestial que gritaba y castigaba injustamente; pero si recordais bien, era siempre en los dias de lluvia, y la razon, héla aquí; es esta fatiga que tengo en el pecho y que me han causado los alemanes en Novara—y descubriéndose el pecho, enseñó una horrible herida que hacía doce años le martirizaba. Entonces, todos se creyeron en el caso de excusarse. Es preciso ir despacio, querido mio, para juzgar y condenar. Siempre me acordaré de un soldado de Saluzzo que era perseguido por un oficial y que le

NOVELAS.
6

odiaba á muerte, y decía cuando estalló la guerra, que en la primera ocasion se haría justicia por su mano. Pues bien; se encontraron precisamente sobre el campo de batalla el uno al lado del otro en un momento en que llovían balas. Ahora, oye lo que ocurrió. En un momento, el soldado siente que el oficial le dá un gran golpe en la cabeza. ¡Era demasiado, pardiez! La sangre se le arrebato. Lanzó un grito de rabia y se volvió ciego para darle un bayonetazo... ¿Qué vió? El oficial pálido que se tambaleaba buscando donde apoyarse. Una bala le había herido en el lado, mientras gritaba adelante con la espada en el aire, la cual, cayendo, había ido á golpear sobre la cabeza del soldado.—En un momento—me contó el mismo—se me marchó todo el ódio del corazon. Lo sujeté, lo tuve un momento suspendido, luego lo tendí en la yerba, me arrodillé para apretarle la mano sobre la herida. Pero era inútil; la herida era mortal. El me miraba sin lamentarse, con los ojos espantados y fija la mirada. Parecía como si quisiese pedirme perdon de las injusticias que me había hecho.—Mi teniente—le dije yo—será una cosa ligera.—Pero sí; los ojos se le velaban, y mientras me inclinaba para mirar la herida, él puso una mano sobre mi cabeza y la hizo deslizarse por la mejilla hasta la espalda, haciéndome una caricia. Yo levanté la cabeza y grité:—¡Teniente! ¡Había muerto! ¡Y entonces me pareció haberle querido

siempre!—¿Qué me dices? ¿Son estos soldados? ¿Son hombres ante quienes uno debe descubrirse, sí ó no?

Carlos permanecía siempre inmóvil, mirando al suelo y esforzándose inútilmente en aparentar que su seriedad no era más que mal humor.

—Yo les he visto á prueba en el cincuenta y nueve; aquellos muchachos—añadió el cura despues de haber echado una mirada á la ventana queriendo demostrar que no se ocupaba de la impresion que sus palabras hubieran podido producir.—Entonces existían tambien los provinciales, hombres de veintiseis á treinta y dos años, la mayor parte con mujer é hijos. ¡Pero qué soldados! Los he visto pasar el dia de San Martino, cuando el regimiento desfilaba delante del coronel para entrar en fuego. La gente jóven iba más despreocupada; los provinciales un poco más tristes; pero todos tenían el corazon sereno, de tal suerte, y daban un—¡viva al Rey!—que hubiera bastado para comprender que la batalla no se podía perder. El coronel decía de cuando en cuando:—Animo, mis bravos soldados, que todo saldrá bien.—Yo los bendecía en mi interior con el corazon oprimido, y pensando en cuántos no volverían más. Un poco despues empezaron á silbar las balas. No quiero exajerar, digo la verdad: cuando oí los primeros silbidos, que parecían aullidos de gatos rabiosos, me faltaron las piernas. Pronto

me rehice. Metí la mano bajo la ropa, estreché el Crucifijo que llevaba sobre el corazón, y me dije:—¡Vamos, Luis, este es el gran momento para hacer ver que un buen cura sabe ser un buen soldado!—A los pocos minutos comenzaron á notarse los primeros huecos en las filas. ¡Qué cosas me tocó presenciar! Se veía á aquellos pobres muchachos, mientras la compañía iba adelante, detenerse de pronto, dar una vuelta con los brazos por el aire y caer desplomados sin soltar el fusil. Es preciso haber estado allí, para comprender lo que se sufre, el valor que se necesita cuando se ve allí en medio de la yerba y en medio de las mieses, entre las zarzas y dentro de los fosos, aquellas caras blancas con los ojos fijos, y por todas partes armas y fornituras esparcidas y sangre. Principié á correr de unos á otros. Me llamaban.—Aquí, aquí, capellan.—Aquí estoy—respondía—aquí estoy, hijos.—Me agarraban de la mano, me hacían arrodillar, no querían que me separase de ellos. Por mi parte, daba ánimo á los heridos y bendecía á los moribundos. ¡Qué muertes he visto! ¡Qué serenidad! ¡Qué resignación! Los hubo, que antes de espirar hacían una señal con la mano, así, en ademan de decir adios al regimiento que se alejaba. Algunos me quisieron dejar un recuerdo. Aquí tengo en una caja, un anillo y una banda roja; un campesino de Monferrato, pobre jóven, quería darme sus pendientes y se tocaba las

orejas con una mano, que ya no le servía para quitárselos. Enseguida, ya no sabía dónde me encontraba; las lágrimas me oscurecían la vista; tenía las manos bañadas en sangre, y corría de aquí para allá como un insensato. ¡Pero nunca he visto á ninguno volverse atrás! Había cazadores heridos que se sostenían apoyados en los troncos de los árboles con un esfuerzo desesperado, para poder ver á su batallón que combatía en las alturas...

...He visto un artillero, un muchacho rubio, herido en la espalda y destrozado, que se apoyaba contra el brocal de un pozo, que para infundir valor á los soldados que pasaban, hacía ademán de rociarles con su propia sangre, como para bendecirles, riendo y gritando:—¡Tomad, es sangre vertida por la patria, os dará fortuna!—He asistido á un pobre soldado de caballería, que al espirar me dejó sus últimos recuerdos. Tenía en el bolsillo una carta para su madre con diez pesetas dentro, y que el día anterior había querido echarla al correo en Lonato y no había podido. Me la dió y quiso que le prometiese enviarla. Hecha la promesa, parecía más tranquilo. Sufría mucho, estaba blanco como este papel; de cuando en cuando dejaba oír un lamento prolongado; hizo un último esfuerzo para que me inclinase hácia él; así lo verifiqué, poniendo el oído cerca de su boca. Apenas salió un hiló de voz de su pecho para decir-

me:—Si no tuviera ocasion de volver á pasar por mi pueblo... soy de Castelnuovo Calcea... me llamo Antonio Calvi... me haría un favor... buscando á mi padre... á mi mujer... si preguntan cómo he muerto...—y diciendo esto me echó un brazo al cuello para sostenerse—decidles que he muerto como buen soldado... con valor... que he sufrido... casi nada... y que cuando sea grande... Pepin... mi pobre niño—y luego añadió con esfuerzo—se lo digan.—En este momento dejó caer el brazo, la cabeza hácia atrás contra una piedra, y adios... todo acabó.—¿Has entendido? Estos son jóvenes que hay que tomar como ejemplo, almas fuertes y grandes de quienes se llevará el nombre en el corazon por toda la vida.

Cárlos continuaba callando, teniendo la barba apoyada sobre el pecho; pero el temblor de las manos, con las que daba vueltas al sombrero, mostraba que alguna emocion, ó al ménos una fuerte lucha de sentimientos opuestos, se habia despertado en su alma.

—Pero no he visto solo cosas tristes—continuó el cura pasándose la mano por los ojos...—hablo quizá demasiado; pero es un defecto de los viejos, que se puede perdonar. Tú habrás oido hablar de Juan Bassi, que estaba en artillería, que se distinguió tanto en la guerra del sesenta y sesenta y uno; á Garigliano, que se ofreció espontáneamente á llevar una órden del general bajo una tem-

pestad de balas, y cogió una bandera, por lo cual le dieron la medalla de oro, y todos los periódicos hablaron de él. Le habrás oido nombrar; hace honor al país; hace seis años se estableció en Francia, y en el pueblo no queda más que su primo el carretero. Pero no es posible que tú puedas recordar cuando vino á casa, despues de la guerra. Pues bien; fué una escena, que todos los que van á servir debían tenerla presente. Nos dejó en el pueblo á su anciano padre, á la mujer y una niña de dos años, que se llamaba Luisita, que era un encanto; se fué en el cincuenta y ocho; una vez en el servicio, vinieron sucesivamente varias guerras, y no pudo obtener licencia; así, que no volvió hasta el sesenta y dos, despues de haber cumplido el servicio. La noticia de su heroicidad, la dió el alcalde: hacía tiempo que el padre y la mujer vivían en gran ansiedad por falta de noticias. Una mañana, llega sin más ni más á su casa el alcalde; estábamos frente á la iglesia de Santiago; entra, encuentra á los dos, tristes como de costumbre, y les preguntó:—¿Hace tiempo que no teneis noticias de Juan?—Se levantaron espantados diciendo:—¿Hace dos meses!—Pues bien—dice el alcalde—vuestro Juan...—¿ha muerto!—gritaron ambos.—¿Qué muerto!—dice el alcalde.—¿Cien veces vivo, gracias al cielo! Leed en este periódico.—Abre la mujer el periódico, habia una señal roja en él, empieza á deletrear... ¡figúrate la maravilla y el

placer! Contaba todo extensamente; estaba su nombre y apellido, con la relacion del hecho, medalla de oro, orden del dia y quién sabe cuánto más. Aquellas dos pobres criaturas, desde un principio, se quedaron como imbéciles, y luego parecía que se habían vuelto locos. Figúrate por un momento: la medalla de oro, que no la conceden sino á los más valientes entre los valientes, una cosa grande, tan grande, que el soldado que la alcanza es casi como un príncipe, á quien todo el ejército conoce, sin que nadie sobresalga en punto al honor por encima de él. Pronto se esparció la noticia por todas partes, corriendo la gente á ver al padre y á la mujer de aquel gran soldado. Hasta la gente veraniega de los alrededores venía y les traían regalos. La casa de los Bassi estaba llena de la bendicion de Dios; amigos de todas partes, todos les llevaban en palmas. Era un triunfo continuado. Llegaron luego sus cartas; luego las comunicaciones de la autoridad, y á poco la noticia de que la tropa del treinta y siete había sido licenciada. Figúrate á aquel pobre viejo y á su pobre mujer, que hacía cinco años que no habían visto á Juan. Finalmente, llegó la última carta que decía: tal dia y tal hora. Fué una verdadera fiesta. Bassi debía llegar á la estacion del ferro-carril, que entonces estaba á una milla de aquí. Todos convinieron en ir á su encuentro. Llegado el dia, se reunió mucha gente, fueron á

buscar al viejo, á la mujer y á Luisilla, que no conocía á su padre puede decirse; había crecido, tenía siete años, y una señora la había vestido como una princesa, y todos juntos se encaminaron hácia la estacion. Había más de doscientas personas, con bandera y música; estaba el alcalde, muchos señores y yo acompañaba á la esposa, que parecía desmemoriada y lloraba, y las amigas le decían:—¡Eh, Teresa, no lo pensarías seguramente cuando os hacíais el amor bajo el olmo de Santiago!—En la estacion dejaron entrar á todo el mundo hasta la misma vía. El uno tenía una botella en la mano para poder ser el primero en ofrecerle de beber; otros llevaban cigarros, otros ramos de flores, y la pobre Luisita tenía á su alrededor una porcion de gente que la acariciaba y le decía:—Ahora vas á ver á tu padre por primera vez.—Al fin se oyó el silbido: al pobre viejo tuvieron que sostenerle, porque le faltaban las piernas, y el alcalde dió el brazo á Teresa, que se sentía mal. El tren llega, se detiene, bajan cuatro ó cinco soldados, todos les rodean.—¿Dónde está Juan Bassi? ¿no ha venido? ¿dónde está? ¡Bassi! ¡Bassi!—¡Aquí está!—se oyó gritar asomándose él en persona; un gran soldado negro, guapo, alegre, con la medalla de oro en el pecho; bajó de un salto, reconoce á los suyos, lanza un grito, aferra entre sus brazos á su padre y á su mujer, comienza á dar una tempestad de besos

sobre ambas cabezas, como si estuviera loco, mientras la música tocaba, y todos gritaban, empujándose unos á otros por llegar á tocarle. Cuando de repente siente que le tiran de la casaca, se vuelve y se encuentra con una carita que le mira y dos brazos que se lanzan á su cuello... Al pronto no la reconoció.—¡Es Luisilla!—gritaron todos. Yo había sido empujado hácia atrás y no ví nada; pero oí un grito que me llegó hasta lo más profundo del alma y que nunca he olvidado; el grito del placer más grande, más merecido y más santo que pueda experimentar el corazón del hombre; el gozo del soldado valeroso que vuelve al seno de su familia pudiendo decir á sus hijos:—¡Sobre este pecho contra el cual os oprimo, la patria ha puesto un signo de su gratitud y de su admiración!

El buen cura lanzó una mirada furtiva á Carlos, y viéndole conmovido pensó despedirle con la impresión viva y entera de sus palabras.

—Ahora vete—le dijo con amabilidad y empujándole hácia la puerta—y vuelve á saludarme antes de marchar.

Carlos vivamente conmovido intentó decir algunas palabras aun cuando no fuera más que por salvar las apariencias del amor propio; pero no logró más que balbucear algunas sílabas sin sentido; se dejó empujar hasta la puerta, sin poder

resistir un impulso del corazón que le hizo exclamar:

—Os lo agradezco—y salió bruscamente, humillado y confundido.

—Te he puesto buena semilla en el corazón—dijo para sí el cura cerrando la puerta—lo demás á tí te toca.

IX

XI.

Cárlos se detuvo convulso en medio de la calle permaneciendo durante algunos minutos en un estado de tremenda incertidumbre. En aquel corto intervalo, se decidió la suerte de su vida. La primera idea que le vino á las mientes, fué correr á casa de Camila y gritarla:—Sí, iré á servir, estoy arrepentido, soy otro, perdóname cuanto te he hecho sufrir y no se hable más del pasado.

Mas aún no había concluido de decirse á sí mismo estas palabras, cuando la rabia de sentirse vencido, su salvaje orgullo, y la feroz inclinacion del despecho que era dominante en su naturaleza pudieron mucho más. Todavía permaneció allí un momento clavado, jadeante, como si hubiera hecho una larga carrera, y luego dijo con resolución:—¡Nó, nó y nó! ¡No son más que palabras! ¡Todos están de acuerdo en quererme ver amarrado! Es inútil, es una aversion de la sangre, no puedo, y no será, aun cuando tuviese que reducirme á vi-

vir como un bandido ó como un perro.—Y volvió en derechura á la tienda de su amigo. Este, apenas Cárlos hubo concluido de contarle la conversacion con el cura, se encogió de hombros, sacó del cajon un periódico usado, lo extendió sobre la mesa y le dijo:—Oye esto, no te pido más que lo oigas bien y luego hagas lo que te parezca: y empezó á leer: "...Hemos visto con nuestros propios ojos hasta qué exceso de furor bestial puede arrastrar al hombre el celo insensato de disciplina que se pone entre las más selectas virtudes militares. Un regimiento de infantería volvía del fatigósimo ejercicio de campaña; los soldados, extenuadas las fuerzas, caían; en vano los superiores se esforzaban por hacer que avanzasen. Entonces el coronel reunió todos los oficiales y les dijo:—En absoluto, es preciso llegar á tal hora; sírvanse de la espada.—Los oficiales se precipitaron sobre los soldados, gritando:—¡Ánimo! ¡Arriba! ¡Adelante!—y agitando las espadas desnudas. Pocos soldados pudieron levantarse; los más quedaron tendidos en tierra. Entonces las espadas hendieron el aire y una tempestad de golpes empezó á caer sobre las costillas, sobre las cabezas y sobre los brazos de aquellos pobres infelices que imploraban piedad; y con los golpes los puntapiés, y con los puntapiés los acostumbrados improperios:—¡Perezosos! ¡Canalla!—Aquí y allá se oyeron lamentos y gritos de desprecio,

los oficiales se vengaban apuntando los nombres de los descontentos en sus cuadernos y amenazando constantemente con los grillos, con los consejos de guerra, con la disciplina, con la reclusion y el calabozo. Algunos soldados que á duras penas habian logrado levantarse, caían nuevamente; los médicos se precipitaban sobre ellos, llamándoles impostores, removiéndoles y tirando de ellos hasta que advertían que su rostro estaba lívido y sus miembros rígidos. Otros, que habían podido al fin emprender la marcha, caían bajo el peso de la mochila, embarazando el camino á sus compañeros y produciendo tal ira en los oficiales, que acababan por empujarles echándoles á rodar en el polvo. Otros que apenas se detenían para enjugarse el rostro, sufrían nuevos golpes de los oficiales, que veían en ello una protesta.

«Caminando el regimiento de esta suerte llegó á la puerta de la ciudad. En el mismo instante salió un ayudante de campo á caballo, avanzando á la carrera hasta el coronel; al cabo de unos minutos se propagó entre los oficiales el grito de: —¡El príncipe! ¡el príncipe!—El regimiento se detuvo y se alineó en un segundo; los soldados que estaban detrás fueron empujados hácia delante, los que permanecían en tierra cogidos por el cuello fueron puestos en pié. Se oye la voz de mando:—¡presenten armas!—El príncipe avan-

zaba guapo, fresco, alegre, seguido por cinco oficiales que miraban á las señoras de los balcones; miró con complacencia á las primeras compañías, haciendo cumplidos á los capitanes que las mandaban; y apenas había llegado á la mitad del regimiento fué trasmitiéndose de fila en fila en voz baja, una órden, repetida por mil pechos aniquilados y por mil bocas ardorosas y que se reveló en un grito largo, fatigoso, desgarrador, acompañado de una sonrisa amarga, un grito en fin, que tenía algo de la risa del loco y del gemido del ahogado;—¡Viva el príncipe!—El coronel fué invitado á la comida...

Al llegar á este punto dobló el periódico diciendo:

—¡Has entendido? Los curas te entretienen con charlas; y yo en lugar de esto te doy sacrosantas verdades impresas. ¿Qué te parece?

Cárlos no respondió, permaneciendo por largo tiempo inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho y con los ojos fijos en el periódico. Su resolución sin embargo no era tan firme todavía como él quería creer. Algo de hermoso y de grande había pasado por su alma, por lo cual se sentía desconcertado y sin aliento.